

Chapter Title: Arianismo y semitismo.

Book Title: Racismo

Book Author(s): ROBERTO MAC-LEAN Y ESTENÓS

Published by: Colegio de Mexico

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctvckq2wm.7>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This content is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License (CC BY-NC-ND 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.



Colegio de Mexico is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Racismo*

JSTOR

multiplicadas estas últimas en la costa y en la sierra, en Chimú, Pachacamac, Nazca, Chavín, Tiahuanacu y Tahuantinsuyo. Hubo un momento de esplendor para los chinos que construyeron la magnificencia de sus palacios, de sus pagodas, de sus ciudades y el asombro milenario de su gran muralla; para los egipcios que levantaron las pirámides y perpetuaron su arte en sus avenidas de esfinges, en sus templos y en sus tumbas; para los griegos de las Termópilas, de Solón y de Pericles; para los macedonios de Filipo y Alejandro; para los romanos de César y Augusto. La Edad Media ha perennizado en la historia el imperio galo de Carlomagno. El siglo XVI fué el siglo de España, descubridora de un nuevo mundo y en cuyos dominios, como se proclamaba jactanciosamente durante los reinados de Carlos V y de Felipe II, no se ponía el sol. Francia surge en los siglos XVII y XVIII, primero con el esplendor de los Luises que construyen Versalles y fomentan el arte y luego con el apogeo glorioso de Napoleón, rey de reyes, dominador de Europa, árbitro del mundo y dueño de sus destinos. Los siglos XVIII y XIX contemplan el poderío de la Gran Bretaña que extiende sus colonias por los cinco continentes y forma así uno de los imperios más vastos y fuertes que ha conocido la historia. Las razas permanecieron las mismas. Su misión cambió, empero, en el proceso histórico, altibajo de encumbramientos y decadencias. Prueba evidente de que su superioridad o inferioridad no depende de sus signos étnicos. Por eso se explica, además, cómo una raza, en un mismo momento histórico, puede ser dominadora en un lugar y dominada en otro: los eslavos de Rusia dominaron a las tribus de raza turca y finesa en las regiones orientales y septentrionales de Europa; pero los fineses y los turcos subyugan a los eslavos en las llanuras del Danubio y de la Macedonia.

5. *Arianismo y semitismo*

La expresión contemporánea de las tendencias racistas ha planteado la lucha entre el arianismo y el semitismo que tuvo caracteres

trágicos en algunos pueblos de la vieja Europa. Escudriñemos su contenido biológico-social.

El “arianismo” como tendencia racista ha sido el denominador común del *celtismo* en Francia, el *anglo-sajonismo* en Inglaterra y en E. E. U. U. y el *teutonismo* o arianismo propiamente dicho en Alemania. Pero sólo en este último país adquirió la significación de superioridad étnica, basada en la “pureza de sangre” y determinó la exclusión violenta en las actividades sociales de los grupos étnicos considerados como inferiores o impuros.

Fué William Jones quien forjó, en 1788, el mito del “arianismo”, basándose en la similitud de ciertas lenguas europeas con el sánscrito. La ciencia lingüística creyó encontrar un parentesco idiomático entre las actuales lenguas europeas y las lenguas hindúes y persas; y las atribuyó un mismo origen. Avanzando más pretendió hacerlas derivar de un mismo tronco y les dió, por eso, la denominación de “lenguas hindo-europeas o arias”. A esta pretendida analogía lingüística, que no coincidía con las supuestas analogías biológicas, se le dió el nombre de “raza”. Y luego el Conde de Gobineau, sin ninguna base científica, afirmó el concepto de la superioridad aria, que fué robustecido, posteriormente, durante el siglo XIX por Schlegel, T. Young, J. G. Rhode, Von Klatroph, Prichard, F. Bopp, A. Kuhn, F. A. Pott, E. B. Taylor y otros más. Ninguno de ellos reparó o quiso reparar en que el arianismo no presenta caracteres biológicos sino lingüísticos y en que el idioma puede transmitirse entre pueblos de muy distinto origen, ya por la guerra o la conquista, ya por la simple vecindad pacífica, ya por las transacciones comerciales.

Aun cuando los conceptos de la superioridad de algunas razas datan de la antigüedad es con Gobineau y con Vacher de Lapouge con los que se sistematiza, con pretensiones de ciencia, en el siglo XVIII.

Arthur de Gobineau (1816-1882) fundamenta la interpretación racista de la historia.¹⁰ Analiza los factores que, a su juicio, determinan la ascensión o la decadencia de las sociedades, constituídas por

¹⁰ Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, Tomos I, II, III y IV, París, 1853, 1855.

reuniones de individuos que tienen instintos diversos y viven bajo la dirección de ideas semejantes. Sostiene que ni el fanatismo religioso, ni la corrupción o licencia, ni el lujo determinan la decadencia de las colectividades. Ni el fanatismo religioso del Imperio azteca, ni la corrupción de la antigua Roma, ni el lujo de las altas clases de Persia, de Venecia, de Génova fueron los factores determinantes de la decadencia de esos pueblos, ni pueden explicarla. “No es dentro de la virtud —afirma— donde se encuentra la causa del vigor de la humanidad en las primeras faces de su historia”. Sostiene Gobineau, planteando así su propia teoría, que el *factor racial* es la causa de la grandeza o de la decadencia de las sociedades. Cuando llega la decadencia, o sea cuando el pueblo no tiene el valor interno que antes tenía, es porque “tampoco lleva la misma sangre en las venas. Su valor ha cambiado como consecuencia del mestizaje en cruzamientos sucesivos. He ahí el castigo para ese pueblo que no supo conservar la raza de sus fundadores”. “La muerte del pueblo y de su civilización se producen cuando su carácter racial fundamental ha cambiado o ha sido absorbido dentro de otras razas en un grado tal que él deja de ejercer la influencia necesaria”.¹¹

La pureza de la sangre es, según él, la condición indispensable para impedir la disgregación y la ruina de la sociedad. Un pueblo es potentemente inmortal. Si es conquistado, como los chinos por los mongoles y los hindúes por los ingleses, puede evitar su decadencia, conservar su cultura y más tarde recuperar su libertad. En el mestizaje considera Gobineau la más grave amenaza para la cultura. Así fué para los griegos y romanos. No pudieron mantener la pureza de su raza, en las últimas fases de su historia y perdieron, por eso, la maravillosa cultura creada por sus antepasados.

Con estos antecedentes fundamenta Gobineau su tesis sobre la *desigualdad de las razas*. Hay para él razas superiores y razas inferiores. Las primeras son las únicas capaces de progreso, las únicas que han creado la civilización, ya que todos los tipos de cultura son meras ex-

¹¹ Gobineau, *ob cit.*

presiones raciales. Impugna las orientaciones del determinismo geográfico y afirma que no depende de ellas, sino de los factores étnicos, el progreso o estancamiento de los pueblos. El origen múltiple y heterogéneo de las razas determina su desigualdad, tanto en la anatomía como en la fisiología y en la psicología, diferencias que no pueden ser atenuadas por ningún factor geográfico, ya que sólo el cruzamiento y la mezcla de sangre puede cambiar los caracteres raciales.

Tres “razas puras” considera Gobineau en el amanecer de la humanidad: la blanca, la amarilla y la negra. Todas las variedades étnicas no son sino el producto de la fusión de estas razas fundamentales. La raza blanca, particularmente la rama aria —de la que es fervoroso panegirista—, ha creado un conjunto de diez civilizaciones brillantes, seis de las cuales, la hindú, la egipcia, la asiria, la griega, la romana y la germana, fueron creadas exclusivamente por los arios que representan, según él, la rama más elevada de la raza blanca. Las cuatro civilizaciones restantes —china, mexicana, peruana y maya— fueron ya el producto de la raza blanca mezclada a las razas exteriores, en su proceso de expansión y de amalgamamiento. Pero a medida que la amalgama se acentúa, la raza blanca va perdiendo sus cualidades fundamentales y sus signos de vigor, en una trayectoria que corre paralela a su degeneración. Uno de los frutos de esos cruzamientos, que Gobineau condena, está en las ideas igualitarias, en los movimientos democráticos y en la mezcla de las culturas que, sin embargo, no manifiestan nada del brillo y del genio que marcaron las grandes civilizaciones originarias, creadas por razas puras. Las perspectivas futuras de la humanidad, bosquejadas por Gobineau, no pueden ser más paavorosas. El mestizaje ya incontenible provocará una semejanza, cada vez más grande, entre los seres humanos y una mediocridad creciente en su contextura física y mental. “Rebaños humanos y naciones abrumadas por una fatal somnolencia serán como los búfalos rumiando en los charcos estancados de los pantanos Pontinos”.¹²

Aterrorizado seguramente por estas predicciones apocalípticas el

¹² Gobineau, *ob cit.*

arianismo teutón tomó sobre sí la responsabilidad de salvar al mundo, exterminando a los grupos étnicos “inferiores e impuros”.

Houston Stewart Chamberlain (1855-1926), otro apologista de las virtudes arias, afirma que los teutones —comprendiendo en esta denominación a los germanos, celtas, eslavos y todas las razas nórdicas de Europa— han creado la civilización occidental del siglo XIX cuyos orígenes están en Grecia, Roma, Israel y Teutonia. Los griegos aportaron su filosofía, su arte, su poesía; los romanos, el derecho, la propiedad, la política, la santidad de la familia; los israelitas, la religión cristiana y otros legados e influencias; y los teutones, la fragua de su genio creador y prepotente.¹³

Chamberlain coincide con Gobineau en su concepto sobre la desigualdad de los grupos étnicos y, por ende, la existencia de razas superiores y razas inferiores; pero discrepa de él en su criterio sobre la pureza de las razas porque no considera, como Gobineau, que toda mezcla de sangre sea signo de contaminación. Afirma, antes bien, que los arios surgieron de una “afortunada mezcla”, que todavía puede tener lugar, en el porvenir, el que, por tanto, para Chamberlain no es tan lóbrego como para Gobineau. Cinco condiciones fundamentales se requieren, según Chamberlain, para la creación, por mezcla, de una raza noble: 1º) la presencia de elementos étnicos excelentes, que constituyen la materia prima en ese laboratorio biológico-social; 2º) la “auto-producción” de individuos sin mezcla de sangre extranjera; 3º) la “selección artificial” consistente en eliminar la procreación de elementos inferiores de una raza y facilitar la de los individuos superiores; 4º) el cruzamiento de sangre con grupos étnicos homogéneos; y 5º) el necesario control en esas mezclas para la formación de una raza nueva.

“Los teutones —dice Chamberlain— representando una conjunción feliz de diferentes razas arias, son los verdaderos creadores de la civilización del siglo XIX. Grandes, rubios, dolicocefalos, valientes, enérgicos, inventores, ellos han sido particularmente amantes de la legalidad y de la libertad, dos raíces del natural germánico. Después de ha-

¹³ Houston Stewart Chamberlain, *Génesis del siglo XIX*.

ber recogido la herencia de las civilizaciones pretéritas, ellos han creado nuestra esplendorosa civilización. Lutero, Kant, Newton, Carlomagno, Shakespeare, Dante, Nelson, Montesquieu, Wagner y todos los grandes jefes de la Edad Media y de nuestra época han sido teutones. Tal es, en esencia, la filosofía étnica de la historia".¹⁴

En antropólogo y biólogo francés, Vacher de Lapouge y el antropólogo alemán Otto Amón, representantes ambos de la escuela antropolométrica, son también los apologistas de la valoración aria.

Considera Lapouge que no hay raza pura, en el sentido absoluto de la palabra porque toda población o individuo lleva en sus venas la sangre de numerosas y diversas razas; pero, a pesar de ello, admite la existencia de razas diferentes en el sentido relativo del vocablo.¹⁵ Define a la raza en sentido zoológico y afirma que tres razas principales integran la población de Europa: 1) *el homo-europaeus o raza aria*, dollicocéfalo, de talla grande y pigmentación rubia; 2) *el homo alpinus*, braquicéfalo, talla generalmente baja y pigmentación bruna y aún más clara; y 3) *el homo contractus o mediterráneo*, término medio entre las dos razas anteriores.

"El dollicocéfalo —dice Lapouge, analizando sus rasgos psicológicos— tiene ambiciones y trabaja para satisfacerlas. Es más apto para ganar y conservar la riqueza. Audaz por temperamento, lo afronta todo y por su audacia consigue, a veces, éxitos incomparables. Lucha por el placer de luchar, sin pensar antes en los beneficios del triunfo. Toda la tierra es suya y todo el planeta es su patria. El progreso es su necesidad más intensa. En política exige que el Estado respete sus actividades y ellas tienden, sobre todo, a elevarse sobre sí mismo y a oprimir a los otros".¹⁶ Lapouge trata de demostrar que la cultura ha sido creada por los arios. Ellos forman la raza dominante y han sido los jefes de todas las actividades creadoras. El progreso o la regresión de una sociedad está en función de los mayores o menores elementos de la raza nórdica que la integran.

¹⁴ Chamberlain, *ob. cit.*

¹⁵ Vacher de Lapouge, *Las Selecciones Sociales*, París, 1896.

¹⁶ V. de Lapouge, *Los Arios y su rol social*, París, 1899.

“El homo-alpinus —agrega Lapouge— es frugal, laborioso, extremadamente prudente y no deja nada al azar. Ama la tierra, sobre todo, a su país natal. No le falta coraje aun cuando no tiene vocación guerrera. No descuella por su talento. Sus perspectivas mentales son limitadas y trabaja pacientemente para realizar sus proyectos que son siempre moderados. Es un hombre de tradición, de sentido común y de rutina. En política aspira a ser protegido por el Estado en un ambiente de igualdad y nivelamiento”.¹⁷ El hombre mediterráneo está clasificado debajo del hombre alpino.

La orientación antropométrica de Lapouge está definida cuando dice: “La fuerza del carácter depende del tamaño del cráneo y del cerebro. Cuando el cráneo tiene menos de 0.19 la raza carece de energía. Es el caso de la raza braquicéfala, caracterizada por insuficiente individualidad y carencia de iniciativa. La potencia intelectual se vincula a la anchura de la parte anterior del cráneo. Ciertos individuos cuyo índice cefálico es muy bajo parecen incapaces de elevarse sobre la barbarie”.

Apoyado en los datos antropométricos, afirma Lapouge que el índice cefálico de la antigua aristocracia, y en parte también de la aristocracia contemporánea, era más bajo, más dolicocefalo, que el de las clases sociales inferiores; que una población ciudadana tiene un índice más dolicocefalo que una población rural atrasada; que en Grecia y en Roma el índice cefálico de la población fué aumentando a medida que el declive se acentuaba; que en las más progresivas sociedades contemporáneas, como en Inglaterra y en los E. E. U. U., la población es más rica en elementos nórdicos; y que la disminución de estos elementos, en Francia como en otros países, ha estado siempre acompañada de un inevitable proceso de declive.¹⁸

El semitismo tiene, como el arianismo, una significación lingüística. Semitas son, conforme a la Antropología, a la Geografía histórica y a los relatos bíblicos, los descendientes de Sem. No constituyen una raza sino un grupo de individuos cuyo idioma proviene de la gran

¹⁷ Lapouge, *ob. cit.*

¹⁸ Lapouge, *Raza y medio social*, París, 1909.

rama lingüística semita, lengua que hablan aún diversas agrupaciones humanas de origen asirio, babilónico, fenicio, cartaginés, árabe, samaritano y centenares más de elementos de las llamadas razas y subrazas semitas. Entre estos semitas hay también pueblos de lengua aria e indogermánica.¹⁹ No se puede hablar, por tanto, de “razas semitas” sino más bien de “idiomas semitas” ni confundir el semitismo con el judaísmo o sea a los individuos de confesión israelita.

Después de engendrar al Mesías, un cataclismo histórico, a manera de una maldición, cayó sobre quienes lo habían crucificado. El judío se convirtió en errante. Fué acosado y perseguido. Y es así como, en la adversidad, el antiguo hombre mediocre que necesitó la ayuda extranjera hasta para construir su histórico y legendario templo de Jerusalén, se hizo hombre superior, en un largo y doloroso proceso de varios siglos. Se expandió, por el mundo entero y dominó en no pocas actividades. Fué financista, filósofo, médico, intelectual, poeta, matemático, artista, forjador de culturas y de revoluciones. Los Rothschild, en el siglo pasado, dominaron con su oro a Europa. Enrique Heine fué uno de los poetas más grandes de su tiempo. Lombroso, un judío de Verona, revolucionó a la ciencia y hermanó al genio con la locura. Henry Bergson, con su teoría de la evolución dispersiva, despedazó el ritmo de la evolución continuada. Einstein, el primer matemático de nuestro siglo, ha revolucionado las concepciones de la vida con su teoría del relativismo. Las investigaciones psico-analíticas y la orientación pansexualista de Freud, un judío vienés, han abierto horizontes insospechados a la interpretación de la existencia y, recordándole su origen, le han advertido al hombre que no debe envanecerse de sus destinos. Esta supervaloración de la raza judía es su mejor fuerza, cuyo expresión está en el conservatismo judaico y en su propio orgullo racista. Eternamente paria, el judío ha mantenido, a través del tiempo y del espacio, los caracteres de su indestructible unidad nacional. Nación sin territorio y sin Estado, el judaísmo tiene el poder de su inteligencia, de sus capitales y de su fe. No se ha mezclado con los pueblos

¹⁹ Arturo Posnansky, *Qué es raza*, Editorial del Instituto “Tiahuanacu” de Antropología, Etnografía y Pre-historia, La Paz, Bolivia, 1943.

que conoció en su largo y duro peregrinaje. Habitante, durante siglos, en países diversos, ha mantenido sus peculiaridades y ha resistido tenazmente al proceso de adaptación. Se sintió siempre extraño y se le consideró como tal. El judío es ante todo judío. En segundo término es ciudadano del Estado donde ha nacido. Pero los engranajes internacionales de su economía, hacen que no comprenda lo verdaderamente nacional de un Estado.

Característica judía es también el revolucionarismo. Son, a la par, conservadores y revolucionarios. Conservadores dentro de su propio grupo y revolucionarios para el ambiente en el que viven. El Conde de Keyserling publicó en 1937 un interesante ensayo demostrativo de la identidad entre el judaísmo y el bolchevismo, detallando la situación espectante que ocuparon los judíos entre los dirigentes de las tentativas de subversión en la Rusia pre-bélica, en plena jornada revolucionaria, en el gobierno provisional de Kerensky, en la revolución maximalista de Lenin y de Trotzky y en el actual régimen de Stalin. Los “Protocolos de los Sabios de Sión” —publicados por primera vez en lenguas europeas, en San Petersburgo (1901) por el escritor Butmi, difundidos mayormente por el profesor ruso Sergej Nilss en 1905 y traducidos a casi todos los idiomas, al finalizar la guerra mundial— contiene el plan técnico y detallado para la destrucción de los sistemas estadales existentes y para implantar después el imperio universal de Israel.

La supervaloración judía, su conservatismo y su revolucionarismo contribuyen a explicar el racismo antisemita en algunos pueblos de cultura occidental para los que racismo y antisemitismo son dos conceptos sinónimos o dos expresiones distintas de un mismo fenómeno social. La historia, sin embargo, ha conocido duros episodios del racismo no judío.

El *judaísmo* tampoco es una raza. Es una nación. La nación judía subsistió organizada hasta el año 70 (d. C.) en que Jerusalén fué tomada por Tito. Los judíos se vieron entonces obligados a emigrar a otros países, de los cuales en no pocos casos fueron expulsados posteriormente, originándose así nuevas migraciones y desplazamientos

humanos, mezclándose más tarde con los pueblos vecinos del Asia Occidental (cananeos, filisteos, árabes, etc.), en un interminable proceso de mestizaje, ocurriendo lo propio tanto en Asia como en Africa y en Europa.

Weissenberg ha estudiado las agrupaciones judías del Asia en Siria y Transcaucasia, comprobando que entre ellos existen variaciones acentuadas tanto en la talla como en el índice cefálico, ocurriendo lo propio con los judíos de la Mesopotamia y Arabia. Kossovitch que ha estudiado las migraciones judías en Africa distingue tres grupos distintos sólo en Marruecos: los antiguos, poco numerosos, que presentan el clásico tipo hebraico de color claro y ojos oscuros, nariz convexa, ganchuda y gruesa (Oued Draa, Oued Noun, Glaona, etc.); los judíos en los cuales predomina el elemento español (Tetuán, Larache, Tánger, Casablanca, etc.); y los judíos de tipo árabe-bereber, los más numerosos y que presentan grandes afinidades con la población indígena entre la cual viven (Rabat, Mazagán, Fez, Mequinez, Agadir, Mogador). Iguales variantes pueden observarse entre los judíos de Tripolitania, que se consideran descendientes de los que envió allá Ptolomeo, rey de Egipto (300 a. C.) y los de Egipto. El judaísmo de Europa presenta iguales características de dispersión biológica. Se establecieron en España en la iniciación de la era cristiana. Expulsados en 1492 se desparramaron por el Norte de Africa, Balkanes y Rusia, país este último en que ha comprobado Weissenberg la existencia de judíos de origen español. Interesantes estudios de Lipiec, Szpidbaum, Rhiel y Martin comprueban apreciables variaciones entre los judíos de Polonia, Alemania, Austria, Inglaterra, Rusia, Rumanía, Galitzia, Lituania y New York.

El tratadista Juan Comas, del Instituto Nacional de Antropología e Historia en México, clasifica acertadamente a los judíos, en razón de su origen, en tres grandes grupos: a) descendientes de los antepasados emigrados de Palestina, cada vez más escasos; b) descendientes de matrimonios entre judíos mestizos de razas asiáticas o entre judíos y otros grupos, "mestizos de mestizos" como él los denomina; y c) judíos de religión, que no tienen ninguna característica o importancia

antropológica y que son simplemente individuos de otros pueblos y razas, convertidos a la religión hebraica.²⁰

“La pureza de la raza judía —afirma Salamán— es imaginaria; se encuentra entre los judíos tipos étnicos de lo más vario, yendo desde la braquicefalia a la hiperdolicocéfalia por lo que al cráneo se refiere. Hay judíos que no tienen la menor sombra de tipo semita, cual ocurre con los de Alemania y Rusia”.²¹

“No hay raza judía” afirma Pittard después de escrupulosas y pacientes investigaciones étnicas. “¿Cuáles son los caracteres principales, la fisonomía étnica de los judíos?”, se pregunta. Y agrega: “Los Israelitas constituyen una comunidad religiosa y social evidentemente muy poderosa y coherente, pero sus elementos étnicos son extraordinariamente heterogéneos”.

“Los judíos actuales de Besarabia, de Ucrania y de Polonia —informa Jean Bunhes— en su mayoría son eslavos o tártaros que hace unos mil años fueron convertidos al judaísmo bajo la influencia militar y política de los kazares —que a su vez eran turanios convertidos al judaísmo— que reinaron sobre el gran imperio del Dniepper del siglo IV al X de nuestra era. ¡Qué hecho tan extraordinario, y sin embargo tan indiscutible: los judíos de Cracovia y de Varsovia nos parecen más judíos que los mismos judíos de Jerusalén!” “Si es exacto —agrega— que los turcos, los húngaros, los búlgaros y los finlandeses son en la actualidad indiscutiblemente de piel blanca, la historia nos enseña, también indiscutiblemente, que son de origen amarillo. Igualmente los etíopes son negros, aunque son casi seguramente de origen semítico, es decir, de raza blanca”.²²

“El porcentaje de rubios con ojos claros —dice Fishberg— y su irregular repartición en los distintos centros judíos, la extrema variabilidad del índice cefálico, que iguala —por lo menos— a la que puede observarse en los pueblos más diversos de Europa, la existencia entre ellos de tipos negroide, mongoloide y teutónico, la variabilidad de

²⁰ Juan Comas, *¿Existe una raza judía?*, México, Editorial Cultura, 1940.

²¹ R. N. Salaman, *The Eugenics Review*.

²² Jean Bunhes, Introducción al volumen “*Razas*”, Colección “*Imágenes del Mundo*”, Librería Fermín Didot.

la talla, etc., son otras tantas pruebas de la existencia de una unidad racial semita que perdura desde los tiempos bíblicos. Por esto son vanas y sin fundamento las pretensiones de los judíos alegando pureza de estirpe, y caducos igualmente son los argumentos en los cuales se basa el antisemitismo para establecer una diferencia radical con la llamada raza aria”.

Comas afirma, por eso, con sobrada razón, que “los judíos presentan entre sí una variedad morfológica tan grande como la que pudieran presentar dos o más razas distintas”.²³

La inexistencia de la raza judía fué consagrada, después de interesantes investigaciones, debates y comprobaciones, por la American Anthropological Association, en el acuerdo adoptado en diciembre de 1938 en la siguiente forma: “Los términos ario y semita no tienen la menor significación racial; son sencillamente la denominación de dos familias lingüísticas”.

6. *El racismo en Alemania e Italia*

La política racista de la Alemania nazi trata de ser justificada, por sus defensores, con argumentos históricos, principios especulativos y razones económicas. Afirmaron que, en todas las épocas, la corrupción de las razas fué una de las causas principales en la caída de los grandes imperios; que el Imperio Romano, en la Antigüedad, se mantuvo firme mientras conservó su unidad étnica y se derrumbó cuando otras razas se infiltraron en sus dominios; que en el mosaico híbrido de razas dispares estuvo una de las causas profundas del resquebrajamiento del poderoso imperio carolingio en la Edad Media, de la ruina del imperio napoleónico en el primer ciclo de la época contemporánea, de la caída del imperio austro-húngaro en nuestros días. “Siempre que un pueblo —dijeron— pierde sus mejores cualidades físicas y psicológicas por la influencia corruptora de elementos étnicos extraños, marcha a su disolución”.

²³ Comas, *ob. cit.*